

dad, pero en obsequio de la verdad lo podemos todo». (1)

Esta consideración nos anima á emitir un juicio que nos viene á la mente. Hace siglo y medio que se esfuerza la pedagogía por educar á los hombres de modo que sirvan para algo, con los cuales se pueda contar, y que puedan presentarse con honor. Mediano é incapaz de cubrir los gastos que se han hecho ha sido hasta la fecha el resultado. Hay sobre todo una tentativa que se pretende que tenga acierto; y es formar caracteres sirviéndose de los sistemas de la nueva filosofía. Los resultados no pueden ser más desastrosos; después de tanto tiempo no se ve sino rebajamiento de caracteres. ¿Qué sucederá si por una sola vez ensayamos la educación de la juventud y nos formamos á nosotros mismos con los medios que en otros tiempos en las edades de robustez y virilidad, dieron tan hermosos resultados, esto es, con la conciencia? No será más que una experiencia.

No hay duda, la aplicación de semejante sistema, no nos daría niños impertinentes, ni generaciones de presuntuosos gastados y sabidillos sin utilidad. Entre tanto puede sin ellos seguir la humanidad. En su lugar veríamos levantarse hombres con cuales se podría contar, fieles á sus deberes y que no bailasen al primer compás que se tocase. Tendríamos caracteres libres, firmes, independientes que permanecen constantes en la hora del peligro; que no retroceden ante ningún sacrificio, para guardar sus convicciones y cumplir con sus deberes. Ved lo que nos falta.

Llenaremos ese vacío, si, en lugar de dar á los niños una enseñanza superficial, que no deja en su cabeza sino confusión, nos resolvemos á hacer de la cultura de la conciencia la base de toda educación y de toda formación. Valdría la pena hacer ese ensayo.

(1) II á los de Corinto, III, 8.

CONFERENCIA IV

EL LIBRE ALBEDRÍO

1. **El mal remisible y el mal irremisible.**—Hay pocas cosas que deba recordar tanto el hombre como la obligación de ser indulgente con las faltas y debilidades de sus semejantes. En sus relaciones con ellos está, la mayor parte del tiempo, como el que no halla paz en su casa, ni puede salir de ella sin encontrar quien le ponga pleito; su paciencia está puesta á prueba; no halla paz dentro de sus cuatro paredes, ni reposo fuera de su casa: es demasiado por cierto.

Tal es el hombre con la triste experiencia que diariamente tiene de sus faltas y de sus locuras. Está tan molestado que con facilidad se rompe el hilo de su paciencia, si al primer paso que da para salir de sí mismo, se encuentra siempre con el mismo obstáculo. Y esto es precisamente lo que más debe moverle á la tranquilidad. Si no es capaz de concluir con sus propias faltas, no tiene derecho á condenar á los demás, porque no concluyen con las suyas. Si á causa de su flaqueza debe tantas veces apelar á la paciencia de Dios y de los hombres, tampoco, por su parte, debe rehusar á los demás ningún miramiento, á causa de su debilidad.

Pero una cosa son las faltas que escapan á la humana flaqueza, y otra los principios falsos y las doctrinas perversas; con las primeras es necesario ser bueno y conciliador; con los segundos no debe haber ninguna indulgencia. La misma Caridad divina encarnada los juzgó con severidad inflexible. Si los fariseos hubieran obrado simplemen-

te mal, los hubiera tratado el Señor como á aquellos á quienes recibía con amor, según le acusaban ellos; pero les echa en cara el que buscan justificar sus perversos corazones con principios falsos y con malvadas doctrinas. Porque hay tres cosas que no puede soportar el amor á la verdad: la justicia hipócrita, la excusa de las faltas, y la justificación del mal.

De estas tres violaciones de la verdad es la justicia hipócrita la más intolerable. Todos saben que están obligados á caminar á la perfección. Si no la poseen, tratan al menos de cubrirse con las apariencias, para poder presentarse con honor á las miradas de los hombres. Esto es pecado; por eso el Divino Maestro condenaba tan severamente á los fariseos; pero este pecado merece al menos alguna excusa, porque la vergüenza que acusan las faltas es señal de no haberse extinguido completamente el sentido moral.

Lo peor es excusarse por la falta cometida; no es cosa inaudita la comisión de una; entra en los dominios de la humanidad; pero lo que no es humano es negar que se ha caído ó que se puede caer.

Tras la caída viene inmediatamente la compasión de los que nos rodean y se sucede también el respeto para el que, habiendo caído, confiesa noblemente su falta; pero se pierde todo respeto y toda esperanza de verlo hacerse mejor, cuando se ve al caído que hace esfuerzos inauditos para hacer creer lo contrario, y aun para arrastrar á otros á imitarlo; imperdonables y escandalosos son esos ensayos de justificación; no hay sólo incorregibilidad; hay algo que se aproxima mucho á esa filosofía infernal, en que están trastornadas todas las ideas, y en que la mentira usurpa el lugar á la verdad, y la trapacería á la lealtad.

Además la excusa del pecado encierra siempre la confesión del pecador que indica que ha pecado. Y cuando comienza uno á justificar su pecado, poniendo por delante las necesidades de su naturaleza, las irresistibles tendencias de su corazón, la aplastadora carga de las órdenes de

Dios, no está lejos de aquella impiedad que no retrocede ante la negación de la diferencia entre el bien y el mal, llegando hasta afirmar que, á veces, es más espléndido y más glorioso el mal que el bien.

2. La negación del libre albedrío es un crimen imperdonable y una cobardía.—Si examinamos la historia de la doctrina de la libertad, aparecen sucesivamente estos tres principios perversos que acabamos de señalar, y que nada tienen de consoladores.

Y es sobre todo de temer que el Maestro que tan severamente juzgó á los fariseos, no proceda con más rigor todavía con los que niegan la libertad humana; porque, como más adelante veremos, para excusar y aun para justificar sus faltas, llegan la mayor parte hasta negar la libertad humana.

Por una parte, con incomprensible orgullo se eleva el hombre, no sólo sobre sí mismo, sino hasta sobre el mismo Dios. Habrá que preguntarle si sabe lo que dice. En esta materia han rivalizado en celo con su padre en el espíritu, el Farisismo, los Estoicos, tanto de los antiguos como de los modernos tiempos; y aún creo que le han aventajado. El fariseo buscaba, al menos, una apariencia de justicia con sus actos externos; pero el estoico tiene horror al acto, y cree apropiarse la virtud con mentiras y con palabras huecas que hacen tanto más ruido, cuanto menos responden á la realidad. «Todo lo puede el hombre, dicen, con tal que quiera; nada puede resistirle; se basta á sí mismo». ⁽¹⁾ «Una vez que se ha dado cuenta de su verdadera naturaleza y de su poder, desafía á la fortuna y pisotea todo lo que es inferior»; ⁽²⁾ no encuentra difícil ninguna virtud, ninguna sabiduría; «cita á su tribunal hasta el destino». ⁽³⁾ Todo depende para el hombre de una sola cosa, de desembarazarse de los infantiles lazos de un mie-

(1) Séneca, *Benefic.* 7, 3, 2.—Diógenes Laert., 7, 33.—Cicerón, *Acad.*, 2, 44.

(2) Plutarco, *Stoicor, repugn.*, 20, 30, 31.

(3) Séneca, *Provident.*, 2, 6.—*Epist.*, 64, 4.

do que no está en su lugar; hecho esto, es libre; halla una fuerza que estaba muy lejos de haber presentido antes; no tiene porqué estar celoso de Dios. ⁽¹⁾ Es tan independiente como Él, lleva en sí su satisfacción. Hasta le aventaja, pues Dios lo posee todo por naturaleza, mientras que ha tenido él que conquistar su perfección á través de grandes obstáculos y de inmensas dificultades. ⁽²⁾

Es cierto que la forma de tales expresiones es ya hoy bastante vieja; mas vive todavía el espíritu que les da vida. Los Estoicos de la antigüedad reconocerían toda su presunción en la moderna doctrina de la pretendida moral libre. Nada más cierto; porque si consideraban á los sabios como independientes de Júpiter, y los llamaban mejores y más felices que él, el mismo lenguaje tienen nuestros filósofos, cuando pretenden que se basta á sí mismo el hombre; que para vivir virtuoso no le hacen falta ni Dios ni la religión; que, sólo rechazando la religión, podrá llegar á un grado más elevado de moralidad, por ser obstáculo la religión para el completo desenvolvimiento de la vida intelectual y moral. Además se mofan esos pensadores del relato de la Biblia sobre la caída del primer hombre. Pero ¿cuáles son las palabras que pronunció el tentador en un principio? «Seréis, dijo, como dioses». ⁽³⁾ ¿Es esto algo increíble? ¿Increíble, hoy que se halaga al orgullo del hombre, queriendo hacerle creer que, no sólo puede llegar á ser igual y semejante á Dios, sino que con la seducción del vicio puede aventajar á Dios, elevarse sobre él y sobre la religión con tal quiera volar con sus propias alas? Comprendemos ahora que no fué tan imprudente Satanás como se le pudiera suponer, al hacer al hombre esta monstruosa promesa; casi hemos llegado á pensar que debió sonar en los oídos del hombre como un insulto, y que la debió echar de sí. Mas al ver cómo encadena esta peligrosa promesa los espíritus de los modernos representan-

(1) Séneca, *Const.*, 8, 2.—*Provid.*, 1, 5.

(2) Séneca, *Ep.*, 53, 11.—Plutarco, *Stoic.*, *repugn.*, 13, 2.

(3) Génesis, III, 5.

tes de la moral libre, debemos decir que supo á qué atenerse; ha conseguido su objeto. Para ello ha especulado grosera y brutalmente, con ese prurito que lleva al hombre á la dominación personal.

En frente de esta arrogancia y tan lamentable como ella, se encuentra la pusilanimidad. Se manifiesta al hombre en el momento en que se le pilla la palabra, y le dice: «Muy bien, ésta es la ocasión; manifiesta tus habilidades», ó le hace dar cuenta de su conducta después que una ciega temeridad lo ha llevado más allá de los justos límites. En aquel momento, da pruebas de una cobardía que hace recordar las palabras de Aristóteles: «El arrogante, el temerario, la mayor parte del tiempo es un cobarde. No sólo retrocede ante lo que inspira temor, sino que tiembla ante lo que no causa medio alguno: y mientras que en presencia del peligro dan muestras de modestia y de reflexión los bravos y los valientes, él las echa de presuntuoso mientras nada pasa que valga la pena; mas, llegado el momento de obrar, nada quiere saber de sus bonitas palabras». ⁽¹⁾

Con dolor y confusión nos vemos obligados á confesar que casi todo el género humano está tocado de esta cobardía. La humanidad pretende atribuirse el poder de hacerlo todo por sí misma; quiere existir ella sola; y es tan verdad, que se forja la ilusión hasta de poder pasarse sin Dios. No hay más que una cosa que no quiere en manera alguna: ser libre; oye hablar, y no retrocede ante ninguna fuerza. Por el contrario, nada más fácil que causarle temor; no hay más que citarle una sola palabra; responsabilidad; y basta para que quede muda, y se bata en retirada.

Si recorremos la larga lista de filósofos y de maestros que en la edad antigua y en la moderna han pretendido dar la fórmula para vivir sabiamente, nos asombra encontrar entre ellos tan pocos que tengan valor para declararse franca y seriamente en favor de la libertad del hombre.

(1) Aristóteles, *Ethic.*, 3, 7, (10), 9-12.

Entre toda la antigüedad no hallamos más que tres hombres notables que la defiendan. Y aun de esos tres debemos descontar á Epicuro porque le atribuye no tanto libertad responsable, cuanto poder ó derecho á hacer lo que quiere sin que sobre él ejerza influencia potencia alguna exterior, sea la que fuere. Sólo quedan dos filósofos de valer que admiten el libre albedrío: Aristóteles y Cicerón; pero el primero lo trata con sorprendente brevedad. ⁽¹⁾ En cuanto al segundo, toma sus argumentos del famoso Occam de la antigüedad, Carneades ⁽²⁾ que tenía siempre un *sí* ó un *no* preparado para cada una de sus doctrinas, según la que más le agradaba. Habla Platón tan vagamente de esta cuestión, que es bien difícil decir cuál es la verdadera opinión á este respecto.

Pero parece que se han juramentado universalmente los tiempos modernos, para negar la libertad humana. El promotor incuestionable de la invención de este tan poco honroso atentado fué Lutero. No hay más que pasar ligeramente revista por todo el ejército que le ha seguido, y se verá cómo han hablado todos desde el fondo de su corazón sosteniendo la falta de libertad en el hombre. En la agitación de los elementos más heterogéneos, se ve que se dan cordialmente la mano hombres que fueron antes tan amigos como el agua y el fuego. La fanática y servil ortodoxia luterana fraterniza con Lessing, Kant y Hegel. Por excepción, se encuentran tan unidos como el sombrío calvinismo, el rígido jansenismo y el amargo pesimismo de Schopenhauer le están con la frivolidad de Voltaire, y como lo está el demasiado exclusivista idealismo de Leibnitz con el panteísmo de Espinosa, y el escepticismo de Locke y de Hume con el grosero materialismo de Helvecio y de la Mettrie, de Moleschott y de Büchner.

3. Los cuatro sistemas que niegan la libertad.—

Después de esto, no se diga que por casualidad se ha encontrado la humanidad en un campo de batalla. Por esa

(1) Aristóteles, *Ethic.*, 3, 5, (7), 2 y sig.; 3 (5), 15.

(2) Cicerón, *De Fato*, 11.

vez, está muy bien preparada, y debe tener un interés profundamente grabado en su corazón para desembarazarse del peso de la voluntad libre. No es posible la duda, á poco que nos fijemos en las razones principales por las cuales, según el lenguaje de la Escritura, las imágenes de Dios colmadas de honores, quieren persuadirse á sí mismas y persuadir también á los demás, que son semejantes á los animales privados de razón. Así lo hacen los apologistas de la carne, ó, para emplear una expresión más conforme con los tiempos, los apologistas de los pretendidos derechos de la época. Incapaces de romper con el pecado que los encanta, conociendo que les sería necesario sacarse el ojo, ó cortarse la mano que les molestan, para embotar el aguijón que les punza el corazón, prefieren hacerse abogados del vicio con que simpatizan. Por ellos ha escrito estos versos Eurípides:

Enfermedad el placer
Es del hombre no escogida;
Los dioses sobre la vida
tienen planes si hay que ver,
Y a tentar contra esos planes
Es desmedida locura... ⁽¹⁾

Debemos al menos reconocer la sinceridad de semejante lenguaje. Así piensan millares de personas, pero no quieren confesarlo delante de los demás; prefieren ocultar su vergüenza tras eruditas é incomprensibles frases.

¿Mas pensamos que podemos tomar en serio á Schopenhauer, cuando, después de haber discutido largamente sobre la pretendida inmutabilidad del carácter, llega á atreverse á afirmar que toda tentativa en tal sentido sería tan poco fructuosa como pretender transformar el plomo en oro? ⁽²⁾ Mejor sería cerrar hoy todas las escuelas, todas las casas de educación, y convertirlas en casas de corrección, en cuyo frente podrían escribirse estos versos de Eurípides:

(1) Eurípides. *Fragm.*, 340. (Wagner.)

(2) Schopenhauer. *Die Welt als Wille und Vorstellung*, (3), I, 337.

Es como el cobre natura:
Si es malo de nada sirve,
Pues no admite compostura... (1)

Suponiendo que esté justificada la conservación de los establecimientos disciplinarios.

Hay una segunda categoría de adversarios, y la forman los que no se atreven á buscar en el hombre mismo la única razón de negar su libre albedrío, y recurren á explicaciones basadas en motivos exteriores. En este sentido habla Owen, cuando dice que: «el carácter es el resultado de las disposiciones del hombre y de los principios exteriores que en él influyen. De donde se deduce que no es responsable el hombre ni de sus palabras, ni de sus acciones, á las cuales se ve compelido necesariamente por un impulso interior y por causas exteriores. Castigarle por ello sería injusticia que clamaría venganza. Los vicios son errores y enfermedades voluntarias del alma; lo que les hace falta es curarlas, no castigarlas». (2)

Estas teorías son la renovación de la doctrina de Sócrates y de Platón; á saber que: «nadie peca á sabiendas y voluntariamente; que si alguno es malvado, lo es contra su intención, (3) y que por lo mismo se le debe corregir, y no castigar». (4) Debe admitirse, en consecuencia, que al lado de cada hábito vicioso, hay una disposición de la naturaleza que es causa de su enfermedad. Así, por ejemplo, la locura y todos sus arrebatos son prueba evidente de que falta al enfermo algún órgano, y de que no se entregaría á extravagancias el tal enfermo, si no lo empujaban cierta disposición corporal y la exuberancia de savia de que está dotado. (5)

Se ve, pues, por esto que pueden invocar nombres anti-
guos é ilustres los caprichos de la frenología y las opinio-

(1) Eurípides, *Fragm.*, 805. (Wagner.)

(2) J. H. Fichte, *Philos. Lehre von Recht.*

(3) Jenofonte, *Menorab.*, 3, 9, 4.—Aristóteles. *Tth. Nicom.*, 7, 2.—Platón., *Meno*, 10, p. 77.

(4) Platón. *Protagoras*, 31, p. 345.

(5) Platón. *Apolog.*, 13, p. 26, a.

nes de los médicos legistas que se sirven ahora de todos los debates judiciales públicos para destruir el sentimiento del derecho y de la moralidad.

Por el contrario, para destruir la libertad, apelan otros á argumentos sacados exclusivamente de la invencible dependencia en que se encuentra el hombre con respecto á causas é influencias exteriores. Si atendemos á lo que enseñan los materialistas, seremos testigos de la verdadera emulación en que viven para rebajar al hombre hasta la categoría de los animales. Entre tanto, nadie, hasta la fecha, ha tenido intención de pretender que el elefante sea producto de una brizna de hierba ó de una hoja, ó que el cocodrilo sea una masa de barro del Nilo á la cual se unió la carne por casualidad. Pero hablan del hombre como de un hongo que sale del suelo espontáneamente; no se avergüenzan de decir que el hombre es lo que ellos comen; para ellos es el hombre el conjunto de muchos factores: padres, nodriza, aire, temperatura, alimento, vestido. Gracias al pan y al agua con que se alimenta, ha llegado un hombre á ser un genio, un héroe de virtud; mientras que otro, en lugar de desarrollar los maravillosos dones de su espíritu, los ha ahogado en ondas de vino del Rhin, ó en festines dignos de Lúculo; tal es la palabra de orden que domina y caracteriza á nuestra época; no hay en ella sentido común; pero se ha dado á los cuatro vientos, y el mundo se ha apresurado á hacerla suya.

De este modo debía pagar su tributo á esta debilidad un Carlos Ritter. Y después que dió el punto ese gran sabio, no podemos abrir un libro de historia que no nos haga ver, ya en el prólogo, y de la manera más terminante, que la suerte de tal pueblo y los grandes hechos de tal héroe, estaban ya determinados por la situación física y política del suelo y del cielo de su patria.

En sus *Pensamientos sobre Gæthe*, nos ha probado también Victor Hehn, que era muy conforme á la naturaleza que se elevase sobre la humanidad el poeta á aquel grado de grandeza á que llegó, porque nació exactamente entre